

THOMAS KEATING

INTIMIDAD CON DIOS

ÍNDICE

Prólogo	3
1. Los orígenes de la oración centrante	4
2. Actitudes hacia Dios	10
3. La base teológica de la oración centrante	15
4. La tradición contemplativa cristiana	18
5. El proceso de la <i>Lectio Divina</i>	23
6. Voluntad e intención en la oración centrante	28
7. El símbolo sagrado como un gesto de consentimiento	35
8. La psicología de la oración centrante	39
9. La experiencia de profundización de la oración centrante	51
10. La dirección espiritual de los contemplativos	58
11. Una visión contemplativa para nuestro tiempo	63
12. El rosario como oración contemplativa	72
13. La renovación carismática y la contemplación	77
14. Hacia la intimidad con Dios	82
Glosario	89

PRÓLOGO

Dios se hace presente a todo como el objetivo de una cámara que lo ve todo tal como es. Sin embargo, nosotros, por nuestra parte, podemos no hacernos presentes a Dios. Como los sujetos de una fotografía ocasional, podemos no percibir que alguien ve un valor y una belleza maravillosos en nosotros y nos hace una fotografía.

Somos convocados a la presencia de Dios por el hecho de nuestro nacimiento, pero nos hacemos presentes a Dios sólo por nuestro consentimiento. A medida que se desarrollan y despliegan gradualmente nuestras facultades y capacidades de relacionarnos, crece la capacidad de entrar en relación con Dios y cada paso hacia una presencia más profunda requiere un nuevo consentimiento. Cada nuevo despertar a Dios cambia nuestra relación con nosotros mismos, con todos y con todo lo demás. El crecimiento en la fe es crecimiento en la percepción correcta de toda la realidad.

Al principio la luz de la fe se puede parecer a los rayos del sol que se filtran a través de una ventana con un vidrio de color e iluminan los diferentes tonos y las complejidades delicadas del vidrio, con sus grietas y defectos. Así, la luz de la fe se filtra a través de nuestras facultades humanas, manifestando, junto con la evidencia de la fragilidad humana, la belleza y la bondad de nuestra personalidad.

Una intensidad superior de la fe se asemeja a los rayos del sol que entran a raudales por un cristal transparente, una experiencia de la luz que es mucho más poderosa. En ocasiones parece que el cristal se transforma en luz. De modo semejante, la entrega a la luz de la fe conduce a una relación más íntima con Dios e incluso a un tipo de identificación que hace más profunda la experiencia de la presencia divina, al darle un significado y una perspectiva completamente nuevos.

Hay aún otra posibilidad. Supongamos que el cristal se hace añicos, dejando en su lugar un gran hueco abierto. En ese momento la luz ya no sería una relación sino una experiencia de unidad. El amor divino, el fruto maduro de la fe, transforma gradualmente la percepción de la realidad ordinaria en intuición y la presencia divina en unidad.

La función de los que buscan ardientemente a Dios, ¿es detenerse en los momentos de visión o simplemente dejar que la realidad hable por sí misma y, como el objetivo de una cámara, abrirnos a la luz?

1. LOS ORÍGENES DE LA ORACIÓN CENTRANTE

La oración centrante es un método de oración que procede de la tradición cristiana, principalmente de *The Cloud of Unknowing* (*La nube del no saber*), de un autor anónimo del siglo XIV, y de san Juan de la Cruz. Nos lleva a la presencia de Dios y así alienta las actitudes contemplativas de escucha y receptividad. No es contemplación en sentido estricto, vista siempre en la tradición católica como puro don del Espíritu, sino más bien una preparación para la contemplación por medio de la reducción de los obstáculos causados por la hiperactividad de nuestras mentes y nuestras vidas.

Las raíces históricas de la oración centrante se remontan a los años que viví en la Abadía de San José en Spencer, Massachussets, donde fui abad de 1961 a 1981. Durante aquella primera ola de renovación de la vida religiosa después del concilio Vaticano II se plantearon por primera vez muchas cuestiones y la Santa Sede alentó el diálogo entre las religiones. En Spencer algunos de nosotros entablamos relación con grupos de otras tradiciones espirituales que residían en nuestra zona. Invitamos a varios maestros espirituales de las religiones orientales, así como también a algunos teólogos católicos especialistas en eugenismo, a que nos visitaran y hablaran con nosotros. En aquellos años vivía aún el padre Thomas Merton y continuaba escribiendo extensamente acerca de sus investigaciones e intercambios en el diálogo interreligioso. Fue uno de los pioneros más elocuentes de la parte cristiana en el diálogo entre las religiones del mundo.

Con un espíritu semejante hospedamos a un maestro de zen que quiso visitar nuestro monasterio. Lo invitamos a hablar a la comunidad y más tarde a dar un sesshin (un retiro intensivo de una semana). A partir de entonces, durante nueve años dirigió sesshins una o dos veces cada año en una casa de retiro cercana. Durante aquellos años tuve el privilegio de hacer varios sesshins con él. Con ocasión del primer sesshin que dirigió en nuestro monasterio, llevó el hábito cisterciense y comió con nosotros en el refectorio. Conservamos una foto de la celebración de su septuagésimo cumpleaños en la que aparece comiendo un pedazo de pastel, sentado en la postura del medio loto.

Estuvimos expuestos también a la tradición hindú a través de la meditación trascendental. Paul Marechal, que había sido monje de la Abadía de la Santa Cruz de Berryville, Virginia, filial del monasterio de Spencer, se había hecho maestro de meditación trascendental y se ofreció para instruirnos en la práctica. En la comunidad muchos quisieron experimentarlo.

La exposición a esas tradiciones, así como las conversaciones con personas que visitaban nuestro monasterio y se habían beneficiado previamente de ellas, suscitaron naturalmente muchas cuestiones en mi mente mientras trataba de armonizar la sabiduría de Oriente con la tradición contemplativa del cristianismo que había estudiado y tratado de practicar durante treinta años.

La práctica de meditación básica de los monjes benedictinos y cistercienses es la *lectio divina*, una manera de leer la Escritura con una atención orante profundizadora que lleva a la contemplación. Con el paso de los años caí en la cuenta de que la propia práctica se había tornado oscura por causa de la plétora de materiales de lectura disponibles bajo el título general de *lectio divina*. La práctica original se había extendido, desde la lectura atenta de la Escritura o de los comentarios de los primeros Padres de la Iglesia, hasta incluir lecturas espirituales en el sentido más amplio de la palabra. En el proceso se había desplazado el acento de la profundización de la oración personal al estímulo intelectual. Mientras tanto, la propia oración se había vuelto tan rígidamente dicotomizada – meditación discursiva, oración afectiva, y la multiplicación de aspiraciones devotas – que se había perdido la tendencia inherente de la *lectio divina* a dirigirse hacia la contemplación. Se veía la contemplación como un don excepcional, no como el fruto normal de la *lectio divina* y la oración cristiana.

Era consciente de que el método de la *lectio divina* en muchos casos no cumplía la función de llevar a las personas, ni siquiera a los monjes y las monjas que vivían en los monasterios, a los estados contemplativos de oración que describe santa Teresa en sus escritos: oración infusa, oración de quietud, oración de unión y oración de unión plena. Todos ellos son experiencias profundas de la presencia de Dios.

Entré en el monasterio para llegar a ser un contemplativo. Escogí la orden más dura que pude encontrar porque en aquel tiempo se pensaba que la austeridad de vida era un medio necesario para alcanzar la contemplación. Los trapenses eran una buena opción para ese proyecto. Tenían una larga tradición de ejercicios penitenciales que se remontaba a la reforma monástica de La Trappe en el siglo XVII. La reforma estaba influida, al menos en parte, por el jansenismo, la visión realmente negativa de la naturaleza humana y del cuerpo, condenada posteriormente por la Santa Sede. El silencio era la regla del monasterio, de hecho, los novicios hablaban normalmente sólo con el abad y con el maestro de novicios durante los primeros tres años. Había pocas oportunidades de conversación fuera de esas breves entrevistas. Durante aquellos primeros años no tuve ni la más remota idea de la historia y aspiraciones de otros monjes. Ni siquiera conocía los nombres de sus órdenes.

¿Por qué los jóvenes discípulos de los gurús orientales, los roshis zen y los maestros de meditación trascendental, que llegaron a la abadía en la década de los años setenta para dialogar, tenían experiencias espirituales significativas sin haber pasado por los ejercicios penitenciales que exigía la orden trapense? Esos jóvenes manifestaban un gran aprecio hacia los valores del silencio, la soledad y la fidelidad a una práctica de meditación regular. Era sugerente encontrarse con jóvenes que hacían veinte o treinta minutos de meditación dos o tres veces al día, a pesar de encontrarse en la universidad o en la vida profesional, mientras que religiosos de vida activa, sacerdotes y monjes y monjas contemplativos parecían tener dificultades para hacer media hora de oración mental al día.

También caí en la cuenta de la profunda hambre contemporánea de espiritualidad. En el movimiento de nuevo despertar espiritual que, al parecer, puso en marcha el concilio Vaticano II miles de jóvenes de todo el mundo se dirigieron a la India en busca de maestros espirituales. Algunos permanecieron varios años en condiciones físicas terribles. Se adaptaron a la pobreza, al riesgo, a la enfermedad y a la mala alimentación a fin de satisfacer su hambre de un camino espiritual auténtico.

Mi reflexión era: “Bien, eso está bien”. No criticaba la seriedad de la práctica del zen ni negaba que muchas personas se estuvieran beneficiando de él y también de otras prácticas orientales. Pero, ¿Por qué miles de jóvenes iban a la India cada verano a encontrar alguna forma de espiritualidad cuando los monasterios de contemplativos, tanto de hombres como de mujeres, estaban llenos junto a ellos en su país? Esto suscitó la siguiente pregunta: ¿por qué no vienen a visitarnos? Algunos lo hacían, pero muy pocos. Lo que me impresionaba con frecuencia en nuestras conversaciones con los que venían a vernos era que nunca habían oído que existiera la espiritualidad cristiana. No habían oído hablar acerca de ella en sus parroquias ni en sus escuelas católicas, si es que habían acudido a alguna de ellas. Por consiguiente, no se les ocurrió buscar una forma cristiana de oración contemplativa ni visitar monasterios católicos. Cuando se enteraron de que existían, se sorprendieron, les impresionó y algunos sintieron curiosidad.

Nuestro monasterio de Spencer sirvió como mapa de ruta para algunos de los que vivían en el área de Nueva Inglaterra. Les gustaba venir y charlar sobre sus prácticas y experiencias. Muchos estaban teniendo experiencias muy semejantes a los que la tradición cristiana llama contemplación. Aun cuando yo había estudiado en profundidad la tradición cristiana y había tratado de practicarla, descubrí que cuando hablaba sobre ella en las conferencias dirigidas a la comunidad monástica, mu-

chos de los monjes dejaban de prestar atención. No querían oír hablar sobre contemplación. Y lo mismo les sucedía a los sacerdotes que hacían retiros en la hospedería. En el seminario habían sido formados para pensar que la contemplación era cosa de los claustros y no tenía relación con lo que ellos hacían. Si los sacerdotes seculares y los profesores de los seminarios católicos no sentían que la contemplación era conveniente para ellos o para sus alumnos, naturalmente tampoco los laicos lo sentían.

No sólo hubo una actitud negativa hacia la contemplación hasta el año 1975 aproximadamente, sino que la propia palabra “contemplación” se había vuelto tan ambigua que la mentalidad popular la identificaba con un estilo de vida más que con una forma de oración. El significado del término se limitaba generalmente a un estilo de vida que exigía una cantidad enorme de renuncia que posiblemente la persona media no podía afrontar, ya porque no se sentía atraída a ello, ya porque sus deberes en el mundo lo hacían imposible.

A mediados de la década de 1970, un buen día planteé la siguiente cuestión en una conferencia en nuestra comunidad monástica: ¿Podríamos formular la tradición cristiana de forma que resultara accesible a quienes desempeñan un ministerio actualmente y a los jóvenes formados en una técnica oriental y que podrían sentirse motivados a retornar a sus raíces cristianas si supieran que en la tradición cristiana hay algo semejante?”. Yo, que había dedicado mi vida a la búsqueda de la tradición contemplativa cristiana y había desarrollado un profundo aprecio hacia su inmenso valor, me sentía afligido al ver cómo la desestimaban completamente quienes iban a buscar a Oriente lo que podían encontrar en su propio país con tal de que se les presentara adecuadamente.

Cuando planté este desafío a la comunidad, el padre William Meninger se sintió motivado a tomarlo en serio. Basándose en un clásico espiritual del siglo XIV, *La nube del no saber*, estableció un método al que puso el nombre de “oración de la nube” y comenzó a enseñarlo a los sacerdotes en la casa de retiro. La respuesta fue tan positiva que decidió grabar sus conferencias en casetes, de los que se han vendido más de 15.000 copias. Para muchas personas han sido un punto de partida para usar la forma simple de oración recomendada por el autor de *La nube del no saber*, en la que una sola palabra como, por ejemplo, “Dios” o “amor” expresa la “intención desnuda dirigida hacia Dios”.

Por aquel tiempo el Comité Religioso de Superiores Mayores masculinos de los Estados Unidos pidió a nuestra comunidad que los ayudáramos en el tema de la oración. A principios de los años setenta el intenso activismo social que había dominado la década anterior había perdido parte de su fascinación. Después del concilio Vaticano II muchos sacerdotes y religiosos se habían precipitado a los guetos sin estar adecuadamente preparados para las cargas de semejante ministerio. Se quemaron y en algunos casos terminaron haciendo a los demás un servicio menor que el que habrían hecho si hubieran continuado donde estaban. Con la mejor de las intenciones habían asumido ministerios que requerían una profundidad de recursos interiores que sencillamente ellos no tenían.

Los superiores mayores de las órdenes religiosas estaban experimentando también los desgarrones de los profundos trastornos en la vida religiosa después del concilio Vaticano II. El comité solicitó la ayuda práctica del padre Basil Pennington, otro monje de Spencer, bien conocido por la Conferencia Religiosa masculina a causa de los encuentros sobre derecho canónico a los que había acudido. Nos preguntamos cómo y de qué manera podríamos presentar el método de oración basado en *La nube del no saber*, que el Padre William Meninger enseñaba a los sacerdotes en la hospedería.

El padre Basil dio el primer retiro a un grupo de superiores provinciales, tanto masculinos como femeninos, de varias congregaciones religiosas en una gran casa de retiro de Connecticut. Fue-

ron ellos quienes sugirieron el término “oración centrante” para describir la práctica. Es posible que éste proviniera de su lectura de Thomas Merton, el cual lo había usado en sus escritos.

En 1976 el padre Basil comenzó a enseñar la oración centrante en la forma de cursillos introductorios en la hospedería de Spencer, primero a sacerdotes y después a otras personas que quisieron venir. Después de un par de años nos dimos cuenta de que no podíamos alojar a todos los que querían acudir y decidimos preparar un cursillo avanzado que, según esperábamos, capacitará a los participantes para convertirse en maestros de este método a fin de que se pudiera ofrecer en otras partes. El cursillo avanzado requería una sesión de cuatro períodos de oración de veinte minutos cada uno con un paseo en silencio de cinco a diez minutos entre dichos períodos. Algunos miembros de la comunidad, y algunos de los que nos visitaban en la hospedería, se quejaban de que resultaba fantasmagórico ver a la gente pasear por la hospedería como “zombies”. Cuando dejé el cargo de abad en el otoño de 1981, Spencer abandonó los cursillos y volvió al anterior estilo no directivo de retiros.

Cuando me trasladé al Monasterio de san Benito, nuestra fundación en Snowmass, Colorado, no tenía intención de enseñar la oración centrante. Pero en mayo de 1982, el coadjutor de Aspen me pidió que hiciera una presentación sobre la oración una vez por semana durante cuatro semanas consecutivas. En el boletín parroquial se hizo una breve mención del acontecimiento y, para sorpresa nuestra, acudieron unas ochenta personas. Después de ello, di varios retiros en monasterios trapenses y benedictinos, en los que desarrollé gradualmente los materiales para la serie de videocasetes titulada “Camino espiritual”, filmada a finales de otoño de 1986.

En el verano de 1982 hice una visita a la Fundación Lama en Nuevo México, una comunidad ecuménica de buscadores espirituales. Casualmente Ram Dass se encontraba allí dirigiendo un cursillo aquel verano y, por invitación suya, di una charla al grupo. Al menos la mitad de los miembros eran católicos y un porcentaje significativo eran judíos, el resto eran personas que pertenecían a alguna confesión religiosa y otras que no. Me impresionaron esas cifras y me pregunté: “¿De dónde vienen estos católicos?”. Muchos de ellos habían rechazado la religión de su juventud por causa de la enseñanza legalista y excesivamente moralista que habían recibido en sus parroquias y escuelas católicas locales, en ese momento se sentían enriquecidos espiritualmente por sus experiencias en el budismo y el hinduismo.

En Lama les complació mi respeto hacia las religiones orientales, ya que muchos de ellos no habían conocido previamente un sacerdote que mostrara empatía hacia su experiencia. También a los católicos les pareció que yo comprendía los problemas con que se habían encontrado en su primera formación. Durante los dos primeros años en mi nueva casa de Colorado, visité varias comunidades orientales, donde seguía encontrando los mismos porcentajes de católicos. Con frecuencia éstos se dirigían a mí como sacerdote para manifestar su amargura e indignación, por lo que me parecía que estaba cumpliendo la función de un basurero. En aquella época, claro está, la Iglesia no proyectaba una imagen de espiritualidad, al menos no de forma que las personas ordinarias pudieran percibirla.

La Fundación Lama me invitó a ofrecer un programa en su Intensive Studies Center (Centro de Estudios Intensivos) en agosto de 1983 y acepté. Durante un tiempo había deseado preparar un retiro contemplativo cristiano que fuera comparable a su sesshin zen, con una cantidad significativa de tiempo dedicado a la meditación en silencio, una experiencia que no se había hecho previamente en la tradición cristiana, por lo que yo sabía. Es cierto que en los Ejercicios Espirituales de san Ignacio se prescriben tres o cuatro horas de meditación en un retiro cerrado de treinta días, pero esto está altamente programado con relación a los temas en los que se ha de reflexionar y a las compo-

siciones de lugar que se han de usar. Resultaría curioso observar que efecto tendrían en los católicos ordinarios largos períodos de oración no programada todos los días durante dos semanas.

Resultó una experiencia que marcó un antes y un después. Elegí un retiro de dos semanas porque pensé que necesitaríamos dos semanas para hacer lo que en sesshin zen se hace en una semana. Tampoco quería abrumar a los participantes, de modo que sólo hicimos cinco horas de oración contemplativa cada día. También presenté el material que más tarde apareció en la serie de videocasetes “Camino espiritual”, con una introducción a la *lectio divina* y, por supuesto, instrucciones para la práctica de la oración centrante. Durante todo el día se guardaba el silencio y por las tardes había un tiempo para el diálogo.

Este retiro tuvo lugar bajo condiciones muy precarias. La impresión producida por el hecho de no tener agua caliente ni servicios dentro de la casa, ni luz eléctrica, ni teléfono, excepto uno situado a más de medio kilómetro, sacó a los doce participantes de sus rutinas habituales, cuando menos, y los unió estrechamente. La mitad de los participantes de aquel primer retiro en Lama son ahora pilares de la red Alcance Contemplativo. Entre ellos se encuentran Gail Fitzpatrick-Hopler, el padre Carl Arico, el padre Hill Sheehan y Mary Mrozowski, que después, con David Frenette, fundó Chrysalis House, una comunidad de vida contemplativa de laicos en Warwick, Nueva York. Pat Jonson y Mary Ann Matheson eran miembros de la comunidad Lama en aquella época y atendían los cursillos intensivos (Intensive Workshops) mensuales en el monasterio de Snowmass. La experiencia de Lama me llevó al convencimiento de que la tradición contemplativa cristiana estaba bien viva y era posible transmitirla en un cursillo con efectos radicales para la fundamentación de una práctica contemplativa personal.

En noviembre de 1983, Gus Reiniger, que se encontraba en un retiro de San Benito me sugirió la idea de formar una organización que enseñara la oración centrante en las parroquias. A modo de experimento acepté dirigir un cursillo parroquial que Gus y su mujer Gale organizaron para el mes de diciembre de 1983 en la iglesia de San Ignacio de Loyola en la ciudad de Nueva York. En la primavera y en el verano siguientes tuvieron lugar otros cursillos dirigidos por mí, por el padre Basil Pennington y por el padre Carl Arico. Más de 175 feligreses acudieron a estos cursillos y, gracias a esta respuesta calurosa y al apoyo del párroco, el difunto Victor Yanitelli, s.j. verificó nuestra intuición de que la oración centrante tenía un lugar en la vida parroquial.

Entretanto, Ed Bendar, que trabajaba en el centro Thomas Merton de la Universidad de Columbia bajo la dirección del capellán de Columbia, el reverendo Paul Dintel, me expresó su interés por formar una red de contemplativos. Esto parecía un buen complemento al experimento que se estaba desarrollando en San Ignacio. Ed y Gus tuvieron encuentros preparatorios con varias autoridades religiosas del área metropolitana de Nueva York; el padre David Toolan, s.j., el padre James Lopresti, s.j. el hermano David Steindl-Rast, o.s.b., el padre Daniel Berrigan, s.j. el padre Paul Dintel, el padre Carl Arico y otros. El entusiasmo compartido que generaron estos encuentros dio como resultado una organización a la que bautizamos con el nombre de Alcance Contemplativo. Nuestros objetivos, ambiciosos en aquella época, eran ofrecer la oración centrante en contextos parroquiales y diocesanos, formar animadores y maestros, y preparar materiales. Gracias al apoyo del cardenal John O'Connor y del obispo Joseph O'Keefe, fuimos capaces de conseguir dos subvenciones para fundar un programa piloto para la archidiócesis de Nueva York. La primera actividad de oración centrante de Alcance Contemplativo fue un cursillo en la iglesia de la Santísima Trinidad, al que acudieron más de 350 personas y del que surgieron cursillos posteriores y grupos de apoyo en otras parroquias. Amén de este esfuerzo, coordinamos grupos de apoyo ya existentes, fundados por Mary Mrozowski, en Nueva Jersey y Long Island. Alcance Contemplativo estaba en marcha.

Un pequeño grupo, que era un consejo de Alcance Contemplativo, comenzó a reunirse regularmente en el centro Thomas Merton a fin de coordinar las diferentes actividades de apoyo, adoptar una declaración de misión y preparar un curso para el futuro. Primero Ed Vendar y después Mary Mrozowski desempeñaron el cargo de directores ejecutivos a tiempo parcial. Gail Fitzpatrick-Hopler fue nuestro primer director ejecutivo a tiempo completo.

En la declaración de visión original de Alcance Contemplativo nos identificábamos como “una red de comunidades de fe dedicadas al proceso y a la transmisión de la transformación cristiana”. Al servicio de esa visión y de los miles de personas que se dedican a la contemplación cristiana. Alcance Contemplativo patrocina actualmente cursillos y retiros que alientan la formación extensa en el camino cristiano y la experiencia de la oración centrante. Además de los retiros intensivos de diez días, se han desarrollado retiros para las personas avanzadas y retiros postintensivos a fin de profundizar el proceso.

Varias veces al año tiene lugar una formación para el Servicio de Cursillos de Alcance Contemplativo cuyo objetivo es servir de preparación para el estudio intensivo de los elementos esenciales de la oración centrante y el camino cristiano. Los cursillos sobre Temas Contemplativos proporcionan oportunidades para analizar cuestiones que surgen a medida que se desarrolla la experiencia que la gente tiene del camino. Nuestra declaración de visión concluye con la siguiente afirmación: “Es Cristo quien nos capacita para vivir la dimensión contemplativa del Evangelio en la vida cotidiana”. Es esta afirmación la que nos ha permitido llegar hasta donde nos encontramos y es el lugar desde donde surgirá todo crecimiento nuevo.

2. ACTITUDES HACIA DIOS

El camino espiritual cristiano se basa en una confianza cada vez más profunda en Dios. Es la confianza lo que nos permite en primer lugar dar el salto inicial en el vacío, encontrar a Dios en niveles más profundos de nosotros mismos. Y es la confianza la que guía la nueva configuración íntima de nuestro ser, la transformación de nuestro dolor, nuestras heridas y nuestra motivación inconsciente en la persona que Dios quiere que seamos.

Debido a que la confianza es tan importante, nuestro camino espiritual puede quedar bloqueado si llevamos actitudes negativas hacia Dios desde los primeros años de vida. Si tenemos miedo de Dios o lo vemos como un padre putativo furioso, un policía inclinado a la sospecha o un juez implacable, será difícil suscitar entusiasmo y ni siquiera interés, por el camino.

Estas imágenes de Dios implantadas en nosotros en gran medida como resultado de la primera formación religiosa, son de hecho una herencia de las generaciones pasadas y un conjunto omnipresente de actitudes religiosas que representan una distorsión –en algunos casos una distorsión de 180 grados– de los valores bíblicos y evangélicos. Esto es cierto tanto en el caso de los protestantes como en el de los católicos, aunque su impronta se ha sentido particularmente viva en la iglesia católica.

Antes del concilio Vaticano II (1962-1966), en las clases de catequesis y en la instrucción religiosa se transmitía un conjunto de actitudes sobre Dios etiquetado como “*modelo occidental de espiritualidad*”. El padre Richard Hauser, s.j. profesor de la Universidad de Creighton, utiliza este término en su libro *In His Spirit*. Habría que poner “*espiritualidad*” entre comillas porque la comprensión de Dios que se transmitía no representaba fielmente la enseñanza de la Escritura; más bien ponía de manifiesto una gran influencia de la Ilustración del siglo XVIII con sus procesos de pensamiento dominado por el dualismo filosófico de René Descartes y su cosmovisión configurada por la física de Newton, con la gran imagen de Dios “ahí fuera” dirigiendo un universo mecánico desde una distancia majestuosa. Según el Padre Hauser, lo principal era un sentido rigidamente dualístico del “yo fuera de Dios” y “Dios fuera del yo”. Se podría caracterizar este dualismo por la convicción de que aquí abajo en la tierra, nosotros, completamente separados de Dios, buscamos, sufrimos y luchamos, mientras que desde un cielo distante Dios vigila y juzga.

Según el Padre Hauser, muchos estudiantes colegas continuaron reflejando estas disposiciones incluso después del Concilio Vaticano II. Éstas suelen ser actitudes inconscientes, pero mantenidas fuertemente, que surgen espontáneamente mientras no hayan sido valoradas y puestas al día por un juicio maduro. Es posible reconocer algunas de ellas si recordamos nuestra primera instrucción religiosa.

La primera actitud que brota espontáneamente del modelo occidental de espiritualidad es que los actos exteriores son más importantes que los interiores. El término “actos exteriores” se refiere a los rituales o al ejercicio de buenas obras como, por ejemplo, ayunos, limosnas y penitencias corporales. El término “actos interiores” se refiere a los motivos de los que surgen dichos actos. Los primeros pueden provenir del orgullo y del egocentrismo tan fácilmente como del amor a Dios y del respeto a los otros. La enseñanza de Jesús en los Evangelios es clara: “Limpia primero la copa por dentro y después preocúpate de limpiar el exterior”.

La segunda actitud que brota del modelo occidental de espiritualidad es que el yo inicia las buenas obras y Dios recompensa por ellas. Cuando se formula teológicamente, esta creencia se asemeja a la herejía pelagiana. Trae a la mente la imagen de la lucha en el anfiteatro para aplacar a Dios por los pecados personales o para ganar el favor de Dios, mientras Dios se sienta pasivamente

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

